

|                            |                                  |
|----------------------------|----------------------------------|
| Et pro cunctis <i>aude</i> | Decus tuae <i>laudi,</i>         |
| Esse pretiosa.             | Instat charus <i>iste</i>        |
| Ildefonse, <i>tuos</i>     | Pie hunc <i>exaudi.</i>          |
| Iuva prece <i>piá:</i>     | Sit laus Patri, <i>decus</i>     |
| Fat iuuet, ut <i>suos,</i> | Nato, par his <i>unus</i>        |
| Nos Virgo <i>María.</i>    | Spiritus, his <i>aequus</i>      |
| Ildefonse, <i>Christe</i>  | Ferat, ut his <i>unus.</i> Amen. |

## ILUSTRACION II.

### SOBRE LOS ORÍGENES Y FORMACION DE LAS LENGUAS ROMANCES.

#### LENGUA CASTELLANA.

##### I.

Muchas son y harto contradictorias las teorías sustentadas por los escritores, así propios como extraños, que han procurado investigar los orígenes de las lenguas habladas en nuestro suelo, y principalmente de la castellana. Cediendo acaso más de lo justo á la afición de estudios especiales, háse dado excesiva importancia á ciertos y determinados elementos que, si contribuyeron en algun modo á enriquecer nuestro idioma, no ejercieron en su formacion tal ni tan directa influencia como se ha pretendido.— Aquellos que debieron su educacion literaria á los estudios clásicos, llevados del profundo respeto que les inspiraba la antigüedad griega y romana, nada ó muy poco hallaron en nuestro *romance*, donde no se ostentara el sello de las lenguas de Demóstenes ó de Marco Tulio; los que lograron el conocimiento del árabe y del hebreo, creyeron por lo contrario reconocer en todas partes los vestigios de estos ricos idiomas, que han merecido ser clasificados entre las lenguas sábias <sup>1</sup>. Ni faltaron tampoco críticos que,

<sup>1</sup> Una y otra manera de considerar los orígenes de la lengua española prosigue dominando entre los doctos que en nuestros días han tratado tan importante materia. Son fiadores de esta verdad, entre otros discursos leídos en las juntas públicas celebradas por la Real Academia de la Lengua, los muy notables debidos á don Pedro Felipe Monlau y á don Severo Catalina del Amo, profesor el primero de latin y lenguas romances en la escuela

atribuyendo antigüedad no fácil de justificar á la vascuence, la presentaran como autorizada y única fuente de la española, cerrando así los ojos á la razon y á la historia <sup>1</sup>. Autores ha habido finalmente, que trayendo de las lenguas llamadas teutónicas los orígenes de nuestro romance, dieron ya por resuelta tan árdua cuestion, cuando se habian colocado á incalculable distancia del acierto <sup>2</sup>.

Esta manera de proceder en la averiguacion de los orígenes de la lengua española ha dado pues márgen á diferentes sistemas, ninguno de los cuales puede llenar plenamente los fines de la sana crítica, pues que reconociéndose al par en el romance castellano vestigios de multiplicados idiomas, natural parecia que se hubieran llamado á juicio los diversos pueblos, á que pertenecian aquellos, lográndose tal vez de este modo penetrar en el oscuro laberinto que se ofrece á nuestra vista, aun despues de consumadas las referidas tareas. Y no sea esto decir que escri-

de Diplomática, y catedrático el segundo de lengua y literatura hebrea en la Facultad de Letras de la Universidad Central. Sostiene aquel la tesis de que «sólo del latin nació el romance castellano»: propónese demostrar este que «si el diccionario de la lengua castellana tiene más de latino que de semítico, la gramática de la lengua castellana tiene más de semítica que de latina». Leyó Monlau su discurso en 27 de junio de 1859: hizolo Catalina en 25 de marzo de 1861, apareciendo en consecuencia los trabajos de uno y otro muchos años despues de realizados estos nuestros estudios. Dan ambas obras motivo no escaso á la meditacion, mostrando en sus autores esquisite erudicion y perspicuidad nada comunes aun entre los doctos; pero caminando cada cual por opuesto sendero, si ilustran con oportunas observaciones y sostienen con alto ingenio sus respectivas tesis, justo es tambien reconocer que ceden á veces más de lo que el interés de la ciencia filológica pide, al imperio de sus predilectos estudios, halagados sin duda por el anhelo de arrojar nueva luz sobre el difícil punto, de que tratan.

<sup>1</sup> Huerta, *España primitiva*; Salcedo, *Memoria Ms. sobre el origen de la lengua castellana*; Larramendi, *Imposible vencido*, dedicat.—Estas opiniones son no obstante muy antiguas. Uno de los más diligentes literatos del siglo XV, traduciendo al castellano la *Divina Commedia* del Dante, escribia: «Algunos dicen que la lengua que primero los regnos de Castilla tenian, era vascuena; pero yo nunca lo ví en lugar abtenco» (Bibl. Ecur., S. 13, fól. 40).

<sup>2</sup> Munarriz, *Trad. de la Retórica de Blair*, tomo I, lecc. IX, pág. 225 y siguientes; Sismondi, *Histoire de la littérature du Midi*, tomo III, cap. XXIII.

tores tan doctos como Aldrete, Valdés, Morales, Cobarrubias, Herrera, Saavedra y tantos otros como en los últimos siglos procuraron ilustrar el importantísimo punto de que tratamos, carecieran de erudicion ni de talento para dar cima á este género de investigaciones: toda la dificultad ha consistido en que, acariciando sobremanera ciertas ideas dominantes en sus respectivas épocas, olvidaron las vicisitudes y contradicciones que experimentó la nacion española hasta formar su lengua, y no tuvieron presente que siendo toda lengua hablada el molde vivo y progresivo de una civilizacion, sólo comparando los elementos que se congregaron en la Península Ibérica para producir la cultura que lleva nombre de española, era posible llegar á la ansiada meta. Así, aunque en cada una de las obras de los autores, que ya de paso, ya deliberadamente, intentaron dilucidar cuestion tan árdua, se encuentren á menudo luminosas doctrinas y oportunas observaciones, necesario es, sobre quilatarlas y reducirlas á sus justos límites, probarlas en la piedra de toque de la historia, si ha de obtenerse de tan opuestos y contradictorios sistemas la luz que ahora apetecemos.

Nuestro sistema no puede en esta parte ser dudoso: reconocida en la exposicion histórica la venida á nuestro suelo de las colonias célticas y siro-fenicias, representantes aquellas de la raza jafética y estas de la semítica; examinada la influencia política y literaria que, vencida ya Cartago, ejerció en la Península Ibérica así la Roma republicana como la Roma imperial; bosquejado el cuadro de la dominacion visigoda; delineado el de la invasion sarracena; y examinado el nuevo desarrollo de la cultura que recibe salvador impulso de la diestra de Pelayo, hasta el momento en que empiezan á ser escritas las poesías vulgares,—creemos dejar ya echados sólidos cimientos á estas no despreciables investigaciones.—Mas reconocida la dificultad de señalar á cada una de las gentes mencionadas el lugar que realmente le corresponde en la formacion de lenguas que, como los romances españoles, aparecen compuestos de tan allegadizos elementos, fuerza será que procedamos en estas no fáciles tareas con la mayor templanza y circunspeccion, á fin de procurar por este camino el acierto.

Pruébase con la autoridad de Estrabon, en lugar oportuno ale-

gada, que no sólo hablaron diferentes idiomas los primitivos moradores de España (lo cual parece fuera de toda duda, atendida la situación geográfica de la Península), sino que debieron llegar á cierto grado de cultura, cuando tenían para cada uno de aquellos lenguajes distinto orden de reglas gramaticales y aun diversos caracteres <sup>1</sup>.—La pintura que los primitivos historiadores hicieron de la antigua Iberia, presentando á los restantes moradores como gente rústica, feroz é insociable con los extraños, discordes entre sí, sin artes, ciencia ni policía alguna, y en una palabra, derramados por selvas y montes, como fieras, muévenos sin embargo á sospechar, que no serian de cierto los idiomas por ellos hablados ricos ni abundantes con exceso, viéndose en contrario reducidos al estrecho círculo de ideas, á que se extendian los escasos conocimientos, por dichos moradores adquiridos, y á las más apremiantes necesidades de la vida.

Como quiera, y ya se siga el testimonio de Estrabon, ya se adopten las opiniones de los doctos anticuarios don Antonio Agustín, Franco, Lastanosa, Albiano de Rojas, Ustarroz, Dormer, Huerta y tantos otros como creyeron descubrir en las monedas autónomas irrecusables testimonios de las primitivas lenguas, habladas en la Península durante aquellas remotas edades, no puede haber duda en que poseyeron los españoles, antes de que penetraran en nuestro suelo colonias griegas y siro-fenicias, uno ó más idiomas, bastantes á satisfacer las necesidades de la sociedad en que vivian. Negar esto, seria, sobre temerario, absurdo y ofensivo á la razon y al buen sentido. Lo que no es posible determinar tan fácilmente (y ha dado no obstante ocasion á largas tareas) son los caracteres é índole especial de estas lenguas; pues que no solamente no se ha transmitido hasta nosotros monumento alguno literario de aquellos tiempos, sino que establecidas ya las colonias célticas, griegas, sirias y fenicias, que fueron sucesivamente aportando á nuestro territorio, hubiéronse de adulterar necesariamente dichos lenguajes, admitiendo la racional influencia de los que hablaban aquellos nuevos y más ilustrados pobladores.

<sup>1</sup> Tomo I, cap. I, pág. 10, nota 1 y otras siguientes.

Y no menos difícil es, en nuestro concepto, el resolver cuál de estos idiomas llegó á sobreponerse y dominar los demás traídos á España, estableciéndose como único vínculo entre todos sus moradores. Asientan el erudito Juan de Valdés y el diligente don Gregorio Mayans y Siscar de una manera concluyente que debió ser el *griego*; y fundan esta opinion, admitida por el erudito Velazquez, en la estructura léxica de los nombres primitivos, que ostentan y guardan todavía en parte muchos pueblos, ciudades, regiones, montes, rios y promontorios de la Península <sup>1</sup>. Mas por digno de respeto que nos parezca el juicio de estos eruditos, no prueba todo lo que intentan; porque para demostrar que dominó «en la antigua Iberia la lengua griega, del mismo modo que el romance dominaba en la España de Carlos V», como aseguraba Juan de Valdés en dicha época, necesario era probar antes que las colonias milesias, zacyntias y focenses habian penetrado é imperado sin rivales en el interior de las Españas, única manera de extender y derramar por todas partes su idioma. Pues aun cuando pueda y deba admitirse la influencia de aquellas colonias, como un hecho histórico, todavía ha de tenerse en cuenta que tomaron asiento y dominaron solamente en el litoral de Levante, con parte del Mediodia, de las costas occidentales y de Galicia, donde tal vez llegaron á hacer larga morada. Así pues, no será descaminado propósito el de reducir á las expresadas comarcas el general predominio, atribuido á la lengua griega sobre la Península; predominio que hubo de compartir, como á pesar de todo observa Velazquez, con la tyria ó fenicia, la cual se refresca y robustece más adelante con la púnica ó cartaginesa.

<sup>1</sup> *Diálogo de las lenguas; Orígenes de la lengua española; Ensayo sobre los alfabetos de letras desconocidas*, etc. Aunque la primera de estas obras se ha publicado repetidamente como anónima, debemos hoy á la diligencia del entendido académico don Pedro José Pidal el descubrimiento de su autor, no quedando duda de que lo fué Juan de Valdés, según dejamos indicado (*Revista Hispano-Americana*, Madrid, 1848). El erudito don Rafael Floranes la atribuyó en el siglo pasado á Juan de Vergara, á quien se adjudica también la *Historia de Toledo*, que anda con nombre de Pedro de Alcocer (Real Acad. de la Hist., Colecc. Ms. de Floranes, tomo IX).

Otros diversos idiomas debieron hablarse en lo restante del territorio español, donde se reflejaría sin duda la influencia de los pueblos celtas que doblaron los Pirineos, estableciéndose á una y otra márgen del Ebro, y derramándose despues á otras diferentes regiones de la Península. Pero todas estas parciales influencias hubieron de someterse á la más activa y general de Cartago, que daba, cual vá indicado, nueva fuerza al elemento oriental ya iniciado en la Península, provocando por último larga y tenaz lucha, de que salía vencedora la raza de Jafet, postrados una y otra vez los descendientes de Siqueo y de Asdrubal ante las águilas romanas.

Fué España en consecuencia de aquella gran lucha una provincia latina. Mas no sin resistir el yugo de sus dominadores, pues que segun dejamos consignado <sup>1</sup>, se hubieron menester doscientos años para señorear la antigua Iberia, que ofrecia abundante incentivo al pueblo rey, rico de gloria y avaro de placeres, para correr en busca de ellos al suelo de la Península pirenaica: fijando su asiento multitud de familias patricias, ya en la Tarraconense, ya en la Bética, multiplicaron en breve los municipios y colonias de las dos Españas, conforme queda en otro lugar advertido <sup>2</sup>; y al cabo la religion, las costumbres, las leyes, las artes y las letras de los dominadores eran patrimonio de los vencidos, dulcificando al par sus costumbres é inclinándolos á su adopción y cultivo. La arquitectura y la estatuaria, barómetro infalible del estado de cultura de los pueblos, escribieron en elocuentes páginas de piedra el portentoso cambio que se habia verificado ya en las dos Españas con tan íntimo y largo comercio; y aun cuando careciéramos del claro é irrecusable testimonio de las obras debidas á los oradores, historiadores y poetas que produjeron ambas en esta época <sup>3</sup>, bastarian sin duda aquellos monumentos, así como las innumerables inscripciones públicas, los epitáfios y monedas que han llegado á nuestros dias, para demostrar cuán grande fué en la Iberia la influencia de Roma y de su cultura.

<sup>1</sup> Tomo I, cap. I, pág. 12.

<sup>2</sup> Véase el cap. I, pág. 20.

<sup>3</sup> Véanse los caps. I, II, III y IV.

Natural parece, dada esta general influencia, que así alcanzaba á la esfera de las artes como á la de las letras, el que se reflejara igualmente en la de la lengua, hablada por los moradores de las Españas; y demás de la observacion filosófica, nacida de los hechos indicados, existen las terminantes declaraciones de los historiadores. Aserto es de Estrabon, á quien hemos citado ya en diferentes pasajes, que celtas y turdetanos (en especial los que moraban orillas del Bétis) «tomaron enteramente las costumbres romanas, no acordándose ya del primitivo lenguaje, y apellidándose *estolados* ó *togados*, denominacion que se hizo tambien extensiva á los celtiberos, tenidos otro tiempo por los más fieros é inhumanos» <sup>1</sup>. Y narrando la division de las provincias ibéricas entre el Senado y el Emperador Augusto, aseguraba más adelante, al determinar el territorio señalado al último de los tres legados consulares: «Regia el tercero y comprendia las comarcas mediterráneas, pueblos ya pacíficos y de mansas costumbres, los cuales se habian vestido con la toga la manera y forma de Italia: tales son los celtiberos y los que junto á ellos moran de la una y otra parte del Ebro hasta la marina.» Es pues innegable, recibido tan veraz testimonio, que cuando este célebre geógrafo visitó las Españas, vivian ya *more romano* y hablaban la lengua latina la mayor parte de sus pueblos. Comprendíanse efectivamente en dicha relacion toda la Bética, parte de la Lusitania y toda la Celtiberia, incluso el antiguo reino de Murcia; pero digno es de advertirse que se resistian aun á recibir las costumbres y la lengua de sus dominadores algunas provincias septentrionales.

Confirmase la manifestacion del docto geógrafo de Augusto con el dicho no menos fehaciente de Julio César: asentaba este afortunado caudillo y eminente historiador en sus doctos *Comentarios*, que habiendo celebrado en Córdoba una asamblea, á la cual

<sup>1</sup> Turdetani autem, maxime qui ad Boetim sunt, plane romanos mores assumpserunt, ne sermonis quidem vernaculi memores, ac plerique facti sunt latini, et colonos acceperunt romanos: parumve abest quin omnino romani sunt facti... et qui hanc formam sequuntur hispani, stolati seu togati appellantur, in quibus sunt celtiberi, quondam omnium maxime feri inhumane habiti (*De Rerum Geographicarum*, lib. III, pág. 224 de la ed. lat. de Amsterdam).